

hemos en este mundo sufrido; muchos eclipses de la libertad visto; muchos frios de regreso hacia el absolutismo experimentado; y todos ellos se generan en la pestilencial marisma de sangre tendida por los exterminadores setembrinos sobre los santos espacios de la libertad. Ellos pasaron; ellos murieron; y nosotros llevamos la muy larga y abrumadora cadena de sus errores y de sus crímenes. «Nuestros padres comieron agraces, decían los hebreos, y nosotros tuvimos dentera». «Pecaron, exclama Jeremías en sus sublimes lamentaciones, nuestros padres, y no son ya; pero nosotros llevamos sobre las espaldas el peso de sus iniquidades.» Tras diez y ocho siglos de Cristianismo; por el siglo mismo de la Enciclopedia; convertidos en átomos de vida las ideas filosóficas de Grecia; escritos el derecho romano y el derecho moderno; bajo una Constitución democrática; se proclama una idea tan prehistórica como el exterminio de los enemigos; idea, sobre la cual fuera un relativo progreso la esclavitud con todos sus horrores. Mas narremos, para que bien analizado aparezca tal extraño período. Según los revolucionarios, el extranjero se acercaba desde Verdun rendido, á más andar, hacia París, con una tea para quemar todo el territorio; y con una soga para colgar todo el pueblo. Un carretero de Vangirad, llamado tío Julián, expuesto en la picota por sus preferencias y frases reaccionarias, tuvo la avilantez de anunciar por estas horas en voz alta, que sería vengado; que los realistas redimidos serían de su cautividad; que las puertas del Temple se abrirían mientras se cerraban las puertas del Ayuntamiento y del Congreso; que, á caballo, el Rey, seguido de los alemanes triunfantes y de los emigrados ya vueltos, marcharía sobre los fragmentos de la Constitución, rota por el retorno al régimen antiguo, y sobre las cabezas de los patriotas segadas y tendidas en verdaderos montones por el suelo. Al oír tales insolencias, lo elevaron á la guillotina desde la picota. Pues repitió en la hora de su muerte lo dicho en la plenitud de su vida. Y como el carretero de Vangirad, se portaban todos los presos realistas reunidos en las prisiones parisienses, que, sabedores del desastre de Longwy, sumado al desastre de Verdun, reían, trincaban, amenazando tras sus rejas de muerte y exterminio á sus propios calaboceros. El espíritu realista y reaccionario de París creció tanto por aquellos días, que Roland propuso en consejo la partida de todos los poderes públicos á Saumur, y Danton se opuso, fundado en que no había centro de defensa como París, y en que, desde París, con actos enérgicos, había que meter miedo, mucho miedo á la reacción, único recurso restante para mostrar entereza, valor, heroísmo, resolución suprema entre aquellas desgracias. Se necesitó mover odio extremo contra los irruptores y los emigrados; odio que, dentro de ciertos límites contenido, podía utilizarse para la defensa y la salud de todo y de todos; pero que, llevado allende lo racional y lo justo, fué un verdadero heroísmo en los voluntarios que corrían á las fronteras, un crimen horroroso en los degolladores de París. Cuando el titánico Danton exclamó: ¡AUDACIA, GRANDE AUDACIA, SIEMPRE AUDACIA! no quiso decir fuesen audaces hasta el extremo de llegar, como se llegó,

al vértigo y á la inconsciencia de Marat, el cual, después de haber pedido con la pluma doscientas mil cabezas, empezó á segarlas con su cuchilla.

Ya que debamos contemplar el alma de los asesinos, tan baja como el infierno, miremos el alma de los voluntarios, tan azul como el cielo. Ya que, por una parte, la humanidad se presenta en los asesinos inferior á los tigres y leones, presentémosla, por otra parte, nosotros superior á los ángeles y á los serafines, en los voluntarios, por sacrificar éstos sus vidas, cosa que no pueden hacer aquéllos, que no pueden hacer los inmortales. En una parte, apercebimiento de cuchillos carniceros para matar los humanos como reses, en otra parte, toma de armas nobles, como el sable y el fusil, para defender la humanidad y la patria; en una parte, resuellos de pechos agitadísimos por el asesinato, y blasfemias de almas perdidas; en otra parte, «la Marsellesa» entonada por coros que recuerdan los cánticos y las palmas de Salamina y de Platea, en una parte, crímenes que hacen descender la humanidad allende las fieras, en otra parte, virtudes y heroísmos que transfiguran la Humanidad, haciéndola superior á sí misma. Pero el cañón suena, la campana toca, grita el populacho; y es necesario que corramos á presenciar las matanzas, si queremos responder á nuestro ministerio de historiadores y respetar los fueros de la Historia. Un presentimiento de muerte reina por el Mediodía de París, por el Municipio y su plaza, mientras un presentimiento de gloria reina por el Norte, por el Campo de Marte. Allá, en el Mediodía resuella Marat; en el Norte juran los voluntarios. Marat pondrá su baba hidrófoba sobre la expansión y el entusiasmo. Con efecto, entrado en la Comunidad revolucionariamente, se apodera del Comité de vigilancia, y trueca este Comité de vigilancia en deforme turba de asesinos, peores que los Césares perversos de Roma y que los jueces siniestros del Santo Oficio. Así, únicamente supo matar este comité misterioso, en debida obediencia de su vocación y en debida observancia de su destino. Conociendo los furores sobre la plebe reinantes, las resoluciones tomadas por alguna que otra sección de barrio que pedía la matanza, como tuviera en alcaldía próxima veinticuatro curas prisioneros por injuramentados, prescribe su traslación en plena tarde á la triste Abadía; los echa de pasto á las hienas. Hay períodos históricos en que ciertos hábitos y ciertos uniformes provocan las iras populares. Del treinta y seis al sesenta y ocho no se vió un hábito, ni de franciscano, en parte alguna por nuestra España. Muchos pueblos católicos, de los que han necesitado luchar con los ultramontanos y con los clérigos, prohíben la vestimenta eclesiástica. Me dicen mis amigos de Méjico que, al caer el Imperio y subir la República, no se veía una sotana, ni por casualidad, en las calles. Pues conociendo Marat cuánto exacerbaban las iras del pueblo los trajes eclesiásticos, mandó esos infelices detenidos, la mayor parte con manto y sombrero litúrgico, por las calles parisienses, abrasadas de ira. Cuando más descuidados estaban en su alcaldía varios marsellese y provenzales, tropas regularísimas entonces, dan orden á los prisioneros de trasladarse á la Abadía, lo

cual era tanto como expedirlos al matadero. Premeditado por Marat y los maratistas el degüello, apercebido con grande anticipación al dos de Septiembre, querían prestar á tal crimen apariencias de una espontaneidad popular, y pasearon los promotores de la guerra civil por París, para que sirviesen sus cuerpos destrozados, en horrores inenarrables de comienzo á los horrores, inenarrables también, con que amenazaba la irrupción extranjera. En seis simones los embutieron, y mandaron á estos seis simones marcha muy lenta en una procesión perdurable. Así, acaeció lo que no podía menos de acaecer: la plebe, diseminada por las calles, los veía con horror y les llamaba cómplices del extranjero y verdugos del pueblo. Pero no hacía nada contra ellos, fuera de mostrarles los puños crispados y los dientes rechinantes. Ni la plebe se levantó á mayores, ni los curas perdieron paciencia en aquel peligroso y largo trayecto. Así, el Comité maratista perdió los estribos, desconcertados todos sus cálculos por la llegada de los prisioneros incólumes á su destino, y ordenó directamente, bajo su responsabilidad, la matanza, que había querido provocar indirectamente y sin responsabilidad. Comenzó esta matanza, por golpes asestados á los simones donde iban aquellas pobres gentes. Y estos golpes, seguidos á los insultos, hicieron su esperado efecto; sacaron de su quicio á las aparejadas víctimas. Un preso, que llevaba fuerte bastón, dió en la cara fortísimo bastonazo á un sicario: terrible imprudencia seguida de terrible atentado. Apenas se reconoció el sicario golpeado, sacó un cuchillo; y, apenas sacó este cuchillo, relucieron cuantos llevaban en sus cinturas aquellos feroces asesinos. Y no quedó uno solo con vida de los veinticuatro infelices que había en simones llevado el Comité maratista por aquella calle de amargura. Unos fueron degollados en los coches mismos; otros, al bajar, en los umbrales de la horrible Abadía; el resto, que se refugiara en la prisión, dentro de la prisión misma. El horror no puede, no, decirse. La impresión hecha por este horror no puede hoy con facilidad evocarse. París caía en manos de Marat. El asesino teorizante se trocaba en asesino ejecutor de sus teorías. Aquella tela de araña en que, desde sus antros, estuvo prendiendo moscas, como el infame Domiciano, por la satisfacción de matarlas, tendíase ya en torno de todo París, y tenía bien apresados todos los parisienses. Á las tres habíase cometido el crimen; á las cuatro se reunió el Ayuntamiento. Presidíalo el conocido Huguenin. Los maratistas anhelaban por una legalización de su barbarie. No la tuvo ésta directamente, pero la tuvo indirectamente; pues la Comunidad dijo que dentro de las prisiones sólo tenían derecho á la protección del poder público los presos por delitos comunes; lo cual quería decir, que á muerte condenaba los presos políticos perseguidos por los sicarios comuneros. Milicianos de Aviñón y Marsella; carniceros y matarifes de oficio; escolares de asesinatos, adiestrados á la matanza, como el gladiador en los circo; desalmados de todas clases; calaveras próximos á entrar en prisión por deudas; todos los rebujos ocultos en las cloacas subterráneas de una gran ciudad, salían á la superficie, y, no solamente infestaban los aires

con átomos de podredumbre, obscurecían las almas y las conciencias con exhalaciones de crimen.

No se puede calcular cuánta embriaguez derramaba por las arterias de aquellas gentes, acostumbradas á los clubs, las borracheras bebidas en los vasos de las tabernas y en los discursos de las sociedades; y con ellos el cañoneo de alarma, semejante á un anuncio anticipado de la irrupción alemana; el toque á rebato de los campanarios, que anunciaban un incendio de los corazones; la penuria de aquella situación económica imposible, difundiendo por todas partes la miseria y el hambre; un pánico feroz, compañero de todas las invasiones; una creencia popular de que París iba pronto á ser consumido por las llamas, y los parisienses iban á ser en estas llamas devorados; el extravío popular, consistente de suyo en que necesitaban los franceses para detener á los realistas, idos desde fuera, exterminar los realistas de dentro; las adversidades, que unos á otros todos aquellos infelices se referían entre sí, jornaleros sin trabajo, mercaderes en quiebra; las provocaciones de los realistas, quienes, desde las mismas cárceles, donde los habían metido para impedirles relaciones con los enemigos de la patria, cantaban viejos cantares monárquicos, y prometían á sus mismos carceleros, que podían matarlos á ellos, una inevitable matanza. Tales furores, inspirados por las circunstancias, movíanlos y empujábanlos al crimen, cuando mataron á los recién idos á la prisión en los simones, y cuando, exterminados éstos, persiguieron y cazaron á los encerrados en los claustros de la triste Abadía. El paso de este mundo en los últimos recordaba mucho las piadosas escenas de las Catacumbas cristianas en el horroroso espectáculo de los romanos circo; porque todos se disponían á morir, como acostumbraban ellos á disponer sus moribundos; todos entonaban el *Miserere* de la penitencia con voces agónicas, por sollozos amargos cortadas; todos se confesaban y absolvían entre sí con rapidez vertiginosa; todos, después de arremolinados por el instinto de conservación en propia defensa, dejaban caer los brazos, desmayadísimos, se ponían de hinojos sobre la tierra ensangrentada, ofrecían el cuello á la cuchilla, exhalando con el último suspiro de sus pechos las últimas oraciones de sus almas. Pero, amén de la horrible Abadía, radicaba en París entonces la prisión del Carmen; porque la mayor parte de los edificios inocuados se habían convertido en cárceles, capaces de contener las razzias hechas de realistas. Y, entre tales realistas, se contaban peces muy gordos, como el arzobispo de Arlés y el buen Hebert, confesor de Luis XVI. Contra uno y otro sentían los exterminadores intensísimas cóleras. El arzobispo de Arlés promoviera la guerra civil en el Mediodía, que precedió á la guerra civil del Norte; protestara contra la venta de los bienes eclesiásticos, fulminándola excomuniones y más excomuniones, como si del quebrantamiento de un dogma ó de la moral se tratase; mantuviera en sus intransigencias á los curas no juramentados, asistidos de razón en el fondo, porque les habían dado sin derecho constituciones canónicas no aprobadas por la Iglesia, pero no asistidos de razón en la forma, porque nada tan opuesto

al Evangelio como la guerra; tomara tales caminos bélicos, que le creían las gentes fautor tenaz de reacciones, y enemigo nato del pueblo. En cuanto al confesor Hebert, la ira popular le perseguía más de cerca, por lo mismo que más de cerca tocaban sus errores. Dada la confusión de poderes, connatural á los viejos tiempos, el Rey tenía de Pontífice mucho y tenía mucho la Iglesia de la Realeza. El pueblo sabía que no daba un paso el Monarca sin de antemano confesarse, como sabía que, después de todos estos pasos, tan adversos á la libertad y á la patria, Luis XVI pedía, y alcanzaba, su correspondiente absolución; el pueblo sabía que fuera el Rey á Varennes confesado, y había vuelto para encontrarse absuelto de aquella traición; el pueblo, si no sabía con certidumbre, adivinaba por sospecha las reservas y dobleces del Rey en materia constitucional, y la misericordia de los confesores con sus reales perjurios; el pueblo se contaba al oído que la noche de su inmolación por los suizos, la noche del diez de Agosto, en que tantos infelices cayeran atravesados por las balas de una guardia real implacable, se dió la orden de matanza, tras una prolija confesión; y el pueblo juraba por los manes de sus mártires, no solamente castigar al Rey de tales manchas, castigar á confesores de manga tan amplia con los Reyes.

Harto sabían gobierno, Congreso, Comunidad las supersticiones reinantes sobre las muchedumbres, y el hábito cruel de desahogar tales supersticiones en degüellos. Con el menor esfuerzo hubieran podido conjurar la catástrofe, impidiendo cayera sobre la revolución francesa una mancha indeleble. Un solo miliciano de buena fe y de bravo corazón, interpuesto en la entrada de los Carmelitas, entre la muchedumbre y los prisioneros, conservó á éstos la vida largas horas. Con haber expedido á la cercana calle de Vangirad la guardia del Odeón, ó haber mantenido la guardia usual de diez hombres en el Carmen, seguramente no sucede cosa ninguna. Pero, como nadie mandaba, penetraron los carniceros en la capilla del Carmen, y acabaron de una vez con el arzobispo de Arlés, con el confesor de Luis XVI y con dos docenas de sacerdotes en la capilla detenidos. Y, no solamente había estos sacerdotes allí, estaban otros muchos también que tenían las celdas por calabozos y cárceles. Algunos, ó menos vigilados ó más libres, entre aquellos á quienes les había cogido el golpe fuera de la capilla, quisieron huir mientras mataban los compañeros; y en tal precipitada fuga intentaron subir las tapias del jardín, y por allí salvarse. Pero los matadores de hombres usaban todos los instrumentos del oficio, picas, sables, fusiles, y poniendo con éstos el tiro donde ponían el ojo, los mataban como á conejos corridos. Sesenta, entre suizos de los escapados al terrible diez de Agosto y guardias de Corps reclusos en la horrible Abadía, murieron como reses, cuando en tantas ocasiones defendieran sus vidas como héroes. Inútilmente fueron antiguos amigos del pueblo á conjurar la demencia colectiva: el pueblo no les oía, tomado por dos borracheras, la borrachera de vino y la borrachera de sangre. Cuando cayó la noche del dos sobre todos, y aumentaron en la triste Abadía los sicarios y los muertos, al fúnebre reflejo de las antorchas,

parecía todo aquello un círculo del infierno dantesco, una viñeta del Juicio Final. Chabot, el diputado, cómplice más ó menos consciente de los exterminadores, habiendo ido la noche del dos á tales antros diabólicos, para ver si podía en algo acorrer la desgracia, refiere que, al entrar, le pareció pasaba so una bóveda compuesta de diez mil sables cruzados. En sitios angostos, entre paredes negras, sobre pavimentos resbaladizos por la sangre, los hedores de la matanza en el aire, los humos de las antorchas ennegreciendo los techos, cien hombres arremangados hasta el codo, con la cuchilla, ó en los dientes ó en las manos, persiguiendo y rematando un número de víctimas igual á ellos, debían sugerir horror grande á la vida y al mundo con esas impacencias por la muerte que sienten los suicidas para ir á otros espacios donde las criaturas no fueran tan perversas, y el ser, en que todos vivimos, no estuviera tan viciado. Pero, lo cierto es que las locuras, como las pestes, son verdaderamente contagiosas. Llegaban muchos espectadores, y, en vez de sentir la compasión humana, sentían el odio hircanio; en vez de interponer sus pechos entre las víctimas y los verdugos, ayudaban á los verdugos, subiéndoseles también á la cabeza el vino y la sangre. Así, mataban por matar, sin saber á quién, y sin saber por qué, tocados de un vértigo criminal, que acababa por pegarse á todo el mundo y extenderse por todas partes. No explicaréis de otra suerte las Visperas Sicilianas; los exterminios subsiguientes á la toma de los pueblos en la guerra de Treinta Años; el exterminio de los judíos inmolados á millares por los cristianos, creyendo cumplir un acto evangélico; las noches siniestras, como la que llamamos triste de Toledo, y como la que llamamos célebre de San Bartolomé. Testigos, acusadores, jueces, verdugos, sepultureros, cada uno de aquellos hombres con una sola personalidad, mostraban bien, al arrogarse facultades tan contradictorias y al ejercer ministerios tan opuestos, al acusar, juzgar, testificar, perseguir, condenar, matar, de súbito, sin conocimiento de las personas inmoladas, en una ceguera de vista y de conciencia profundísima, mostraban bien que todos estaban locos y que todos participaban de universal locura, diluida en los espíritus y en los aires.

En aquel horror todas la buenas voluntades parecían paralizadas. Ya hemos visto que Chabot quiso hacer algo; y el espectáculo trágico le trastornó de manera la inteligencia que creyó pasar bajo diez mil sables cruzados, formando una bóveda de acero, como aquellas usadas en las iniciaciones masónicas. Pétion mismo escribía cartas y más cartas á Santerre, comandante de la Milicia Nacional; y Santerre sólo escuchaba en aquel trance la voz de Marat, azuzando los degolladores al degüello. Dentro de la misma Constitución aun suponiéndola intacta y en ejercicio, quedaban al Poder Ejecutivo muy pocos recursos, porque obra de combate al poder real, cercenábale de manera facultades que se diluían en los Parlamentos y en los Municipios, impidiendo todos cuantos esfuerzos pudiera emplear la central autoridad para esparcirse por todo el cuerpo social y llegar hasta las extremidades. El más obligado á impedir la catástrofe, Roland, aparecía entonces el